

DIA VEINTE Y SIETE.

S. Juan, Apóstol y Evangelista.

El angusto título de discípulo amado de Jesucristo, que el Evangelio dá á S. Juan, elogio tan magnífico como verdadero, hace formar la mas cabal idea de este gran santo. Fué galileo, hijo del Zebedeo y de Sta. María Salomé, y hermano de Santiago el mayor; su oficio era el de pescador como su padre, y sus costumbres tan puras, que mereció ser llamado por el Salvador al número de sus apóstoles, cuando apenas tenia de veinte y cuatro á veinte y cinco años, siendo por lo tanto el mas jóven de todos ellos.

S. Juan fué llamado al apostolado despues de S. Pedro y S. Andres, en compañía de su hermano Santiago, cuando se hallaban á las orillas del lago de Genezaret en una barca remendando las redes con su padre; y correspondiendo á la vocacion de aquel Señor que los llamaba para hacerlos pescadores de hombres, lo abandonaron todo por seguirlo. Desde este momento se unió nuestro Santo á Jesus, se estrechó á él con singular ternura, y con suma fidelidad lo acompañó por todas partes durante su divina mision sobre la tierra; y correspondiendo el Salvador á tanto amor, lo distinguió de todos sus demas discípulos, lo hizo su íntimo confidente, y uno de los mas privilegiados testigos de las principales acciones de su vida mortal, siendo tan conocido el justo motivo de esta predileccion tan singular, que jamas ella excitó celos entre los otros apóstoles, sino que aun se valian de esa intimidad para tomar luz por su medio en los muchos puntos oscuros sobre que les hablaba su celestial Maestro. La Iglesia atribuye esta preferencia á la virginidad de Juan, y en efecto, tal excelencia, tan rara en aquellos tiempos, parece en opinion de los santos padres, la principal causa de los favores señalados que recibió de aquel purísimo Cordero, que se apacienta entre los lirios.

Nuestro Santo, pues, como tan privilegiado de su divino Maestro, asistió, como hemos dicho, á sus principales acciones. Se encontró en la curacion de la suegra de S. Pedro, en la resurreccion de la hija de Jairo, y en todos los demas prodigios del Salvador. El fué el que siendo enviado á buscarle alojamiento en compañía de su hermano á un pueblo de Samaria, sintiendo la afrenta de

que se le negase, dijo al Señor le permitiera hacer bajar fuego del cielo á que consumiese á sus habitantes; y aunque le reconvino por este su ardiente celo, el mansísimo Jesus, parece que en esa ocasion llamó á él y á Santiago, *Boanerges*, ó hijos del trueno, nombre que manifiesta su ardor, aunque en esta vez imprudente por todo lo que tocaba á la honra de la sacratísima persona del Mesías verdadero. S. Juan, ademas, fué testigo de la misteriosa y admirable transfiguracion del Hijo de Dios, y cuando la última cena, él, que asociado á S. Pedro, pasó á Jerusalén á disponer aquella pascua, á que debia seguirse la institucion del mayor de los sacramentos.

En esta cena fué donde acabó de recibir Juan las mayores muestras de la ternura privilegiada de su amado Maestro. Reclinado sobre su pecho, adquirió allí todos los secretos de la religion, y todos aquellos sublimes misterios que lo han hecho llamar por excelencia el divino teólogo, y que lo han constituido asimismo uno de los profetas mas ilustrados: entónces tambien le descubrió el Señor, por excitacion de S. Pedro, que Judas Iscariote, á quien daba un bocado de pan mojado en el caldo, era el traidor que iba á entregarlo, segun lo anunciaba, aunque sin nombrarlo, á los otros discípulos.

Quiso tambien el Salvador, que su amado Juan fuese testigo de su agonía en el huerto de Getsemaní, y al efecto, lo eligió en union de S. Pedro y de Santiago, y lo internó hasta cerca del lugar donde oró y sudó sangre, habiendo dejado lejos á los otros ocho apóstoles. Todos abandonaron á su Maestro viéndolo aprisionado por los judíos, y huyeron temerosos de los soldados; solo Juan despreció todos los riesgos, y sin temor alguno, siguió al Redentor por las calles de Jerusalén y en los tribunales; se puso valeroso al lado de la cruz en el Calvario, recogió sus últimas palabras, recibió en herencia de la misma boca de Jesus á su inmaculada Madre como el primero de sus hijos adoptivos, vió consumir la grande obra de la redencion, atravesar el costado de Jesucristo por la lanza, salir de la herida sangre y agua; en fin, bajado el sagrado cuerpo ya difunto, del afrentoso madero, tuvo el dolor de estrecharlo en sus brazos y ponerlo en el sepulcro, retirándose en seguida á hacer dolorosa compañía á la Santísima Virgen en su amarguísima soledad. ¡Ah! justamente por tantos martirios con que fué despedazado su amante corazon, ha dicho el elocuente

calipsi, esto es, de las revelaciones, en que no hay palabra que no sea un misterio, ni encierre muchos sentidos, si somos capaces de penetrarlos; libro, en sentir de S. Gerónimo, tan apreciable, que todo cuanto pueda decirse de él, es menos de lo que se merece; libro en fin, tan divino, que lo que con ninguno otro, aun de su género se ha dicho, en su conclusion se fulmina un terrible anatema por el Espíritu Santo, contra quien ose agregar ó disminuir en lo mas mínimo las palabras de sus celestiales profecías.

Muerto Domiciano, volvió Juan á Éfeso, despues de cerca de los diez y ocho meses de su destierro, y tomó el cuidado de esa Iglesia, que habia vacado por el martirio de su obispo S. Timoteo, y allí permaneció hasta su muerte. Algun tiempo despues de su llegada á aquella ciudad, escribió su Evangelio para confundir á Cerinto, Ebion y los Nicolaitas, enemigos de la divinidad de Jesucristo; y remontándose como una águila hasta el mas alto cielo, comenzó su narracion por la generacion eterna del Mesías, con aquellas mismas palabras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.* Ademas del Evangelio y Apocalipsi, reconoce tambien la Iglesia por canónicas otras tres epístolas de S. Juan, la primera sobre la caridad, á los Partos; y las otras dos, á iglesias particulares.

Habiendo llegado S. Juan á una extrema vejez, falto ya totalmente de fuerzas por sus años y apostólicas tareas, era llevado en brazos por sus discípulos á la iglesia y á las asambleas de los fieles, donde su comun exhortacion era: *Hijos queridos, amaos unos á otros:* consejo admirable, tanto por ser precepto del Señor, como porque él solo basta para hacernos santos.

Ultimamente, queriendo el Señor premiar los méritos de su amado discípulo, lo llamó para su gloria, donde el Salvador y su Madre Santísima habian de darle las mas particulares muestras de su ternura. Murió en Éfeso con la muerte de los santos, de edad de cien años, hácia el ciento cuatro de la era cristiana. El cuerpo del santo Apóstol fué enterrado en un campo cerca de la ciudad, y sus reliquias todavía se conservaban en tiempo del concilio general de Éfeso, celebrado el año 431.

La Epístola es del capítulo XV del libro de la Sabiduría

[Eclesiástico].

El que teme á Dios, obrará bien, y quien observare esactamen

te la justicia, poseerá la sabiduría; porque ella le saldrá al encuentro cual madre respetable, y cual vírgen desposada le recibirá. Le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, y le dara á beber el agua de ciencia saludable; y fijará en él su morada, y le hará inflexible; y le sostendrá, y no será confundido, sino que le exaltará entre sus hermanos: y en medio de la Iglesia le abrirá la boca y le llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y le vestirá el manto de su gloria. Juntará en él un tesoro de gozo y de alegría, y le dará la herencia de un nombre eterno, el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XXI de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á Pedro: *Sígueme.* Volviéndose Pedro á mirar, vió que le seguia el discípulo amado de Jesus, aquel que en la cena se reclinara en su pecho, y habia preguntado: *Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?* Pedro, pues, habiéndole visto, dijo á Jesus: *Señor, ¿qué será de este?* Respondióle Jesus: *Si yo quiero que así se quede hasta mi venida, ¿á tí, qué te importa?* Tú sígueme á mí. Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos, de que este discípulo no moriria. Mas no le dijo Jesus, no morirá, sino si yo quiero que así se quede hasta mi venida, ¿á tí, qué te importa? Este es aquel discípulo que dá testimonio de estas cosas, y las ha escrito, y estamos ciertos de que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

Sobre la suavidad y fortaleza á un tiempo, que resplandecen en el nacimiento de Cristo.

Considera que en el nacimiento del Salvador se vé con cuánta razon se ha dicho que la sabiduría Divina dispone todas las cosas con suavidad y fortaleza á un tiempo. Así nos lo hace ver el anuncio profético, cuando en el sagrado libro de la Sabiduría nos dice: que al tiempo que un quieto silencio tenia en suspension todas las cosas, y la noche en su camino habia hecho la mitad de su carrera, la omnipotente palabra de Dios, como un fuerte campeón, un Adalid valiente y denodado, descende de su real asiento y salta con brio á la tierra del esterminio. Jesucristo, en efecto, viene al mundo de un modo que parece que entra á él con timi-

dez, pues se oculta y disimula tanto, que nace de una Madre pobre y confundida con el comun del pueblo; nace á la media noche cuando el sueño ocupa á los hombres, y la falta de concurso y de tráfico tiene todas las cosas en silencio: se alberga en un establo en los suburbios de una poblacion pequeña; en fin, pone todos los medios de la precaucion, y todas las reglas de la prudencia mas medida y considerada. En todo esto se deja ver la suavidad de una disposicion que pudiendo ser activa y poderosa, se atiende mas bien á la moderacion y á la lenidad; mas sin embargo, ella contiene en sí toda la fortaleza de un Dios omnipotente.

Considera que la fortaleza de que acabamos de hablar, no consistia en medio alguno de los que el mundo conoce por medio ú obra de poder y fortaleza, sino solo en el mismo Niño tierno y delicado, que nace en tanto abatimiento y en tanto olvido ó ignorancia de los hombres. El es el fuerte leon de Judá, el el denodado campeón que ha de entrar en combate con el enemigo de nuestra salvacion, lo ha de vencer y conculcar en su furor y en el poder de su brazo, y derrocar su imperio. Mas para esto tampoco se ha de valer ni de armas ni de ejércitos, sino de la humillacion y el sacrificio, porque su poder está todo en sus manos sacratísimas, esto es, en la obra admirable de nuestra redencion, verificada con la efusion de su sangre y el sacrificio de su vida. Así obra un Dios omnipotente que se basta á sí mismo; y para nada necesita del auxilio de sus criaturas.

PETICION Y PROPOSITOS.

Así es, Dios mio, que para nada necesitais de nosotros, pero nosotros sí necesitamos de vos para todo: vuestra encarnacion es el principio de nuestra felicidad, y vuestro nacimiento nos hace ver ya sobre la tierra al Autor de nuestra redencion; ¡O Dios, haced que vuestra obra sea cumplida; pues si bien por vos está todo ya hecho, de nuestra parte falta la cooperacion con que debemos darle el complemento!

JACULATORIA.

¡O Adonae y guia de la casa de Israel! Ven á redimirnos con tu brazo estendido.

LECCION.

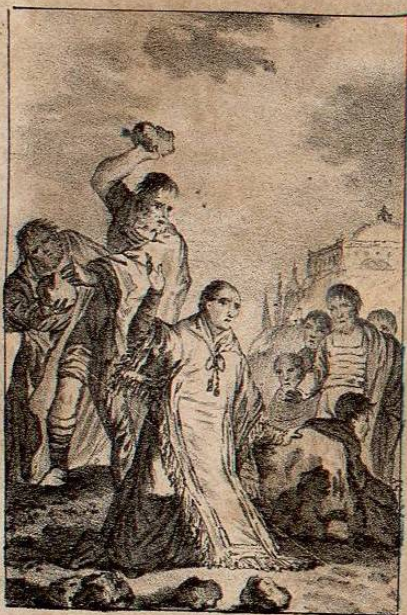
Sobre las virtudes cardinales y los Novísimos.

Dios nuestro Señor es el dueño de todas las cosas, y el árbitro de la vida y de la muerte. Nuestro Criador soberano que nos sacó á la luz del mundo cuando quiso, nos llamará de esta á la otra vida cuando le agrade. ¡Infelices de nosotros si la muerte nos encuentra desprevenidos! ¡Qué harémos para que no nos suceda cosa tan lamentable? Ser virtuosos. ¡Y qué es virtud? Responde Santo Tomás: “Una buena cualidad de la mente, con que rectamente se vive, de la que ninguno usa mal.” La virtud es infusa ó adquirida; aquella la obra Dios en nosotros, sin nosotros, y ésta con nosotros, segun se explican los teólogos. La infusa ó sobrenatural son Fé, Esperanza y Caridad, que tambien se llaman teológicas, las cuales no puede el hombre adquirir por sí mismo, y de que hemos hablado en los lugares correspondientes en esta obra. Las virtudes morales son cuatro principales, á saber Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, de las que trataremos en estos cuatro dias, uniéndolas á los cuatro novísimos del hombre, que son: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

Definen los teólogos á la prudencia una virtud que propone segun razon de honestidad y orden de la ley divina, lo que se ha de solicitar y lo que se debe huir. A esta virtud apreciable llaman los místicos la maestra y la directora de los demas. En efecto, las obras mejores en sí, pueden hacerse defectuosas y á veces malas, si no van regidas por la prudencia. Mas no solo es esto, sino que el ejercicio de algunas producirá malos resultados para nosotros y para nuestro prójimo. Por tanto debemos conocer cuántas y cuáles son las partes de esta virtud, para que por ellas conozcamos si obramos con prudencia. La primera parte de esta virtud es la *memoria*, con la cual se recuerdan los hechos pasados, las instrucciones que hemos leído, los consejos que se nos han dado, para sacar de todo una sabia experiencia que nos sirva de regla en lo venidero. La segunda la *inteligencia*, por medio de la cual procuramos conocer en cada accion lo que haya bueno y malo, para observar lo uno y abstenernos de lo otro. La tercera, la *prevision*, con la que calculamos lo futuro para prevenirmos de compromisos que nos traigan malos resultados; empren-

der nuestras negociaciones, contraer nuestras conexiones, y principalmente tomar estado según nos convenga. La cuarta, *sagacidad*, que es aquella prontitud y facilidad del ánimo con que frustramos los efectos de la sorpresa, lo cual se consigue habituándose á no tomar medidas repentinas, y á conservar la calma del espíritu en cualquiera situacion. La quinta, *docilidad*, que es la buena disposicion en que uno se halla para recibir consejo, y estando pronto á ceder de su propio juicio cuando se encuentra fundamento racional para ello. La sexta, *razon*, que los modernos llaman buen sentido, es un sólido y recto discurso, con que considerando los antecedentes de un hecho, previendo sus resultados, y combinando las circunstancias, se colige lo que debe practicarse. La séptima, *circunspeccion*, por la que meditamos todas estas, viendo al objeto por todos sus aspectos, para que no nos dejemos alucinar de alguna bondad aparente, ó nos aterre algun mal que á primera vista se presente grande, cuando en la realidad sea despreciable. La octava, *cautela*, que es la penetracion de aquellos obstáculos que pueden oponerse á nuestros designios, para no esperar á que lleguen, sino oponerles con anticipacion los remedios oportunos. La novena, *solicitud*, que es la vigilancia para conseguir y conservar el bien que apetece, poniendo de continuo en práctica las principales partes de la prudencia, que son, política, economía y religion. La primera mira al bien de la sociedad: la segunda al de la familia: la tercera al privado. Mas el hombre que se hallare sin conocer estas reglas, ó no hace por conocerlas, y aun conociéndolas no las practica, no podrá manejarse con prudencia. Para demostrar esta verdad, basta que examinemos nuestra conducta como católicos, conforme al estado en que nos hallamos.

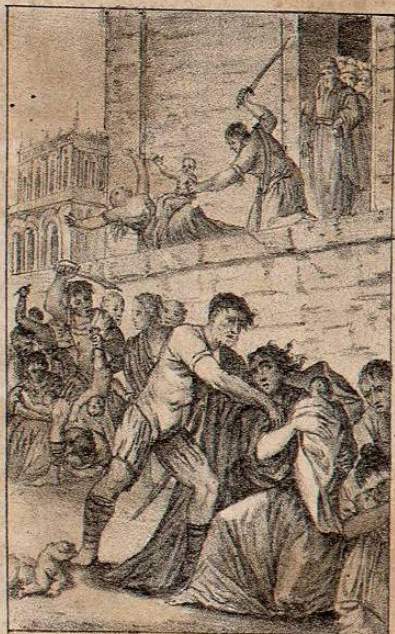
Sabiendo por la fé, que de una buena ó mala muerte depende una felicidad eterna, ó una eterna pena, fijemos nuestra consideracion en estas dos proposiciones: Como es la vida es la muerte: Solo una vez se muere. Si meditáramos con atencion en estas dos verdades, fuéramos prudentes para proporcionarnos una buena muerte. Una vez sola hemos de morir. No es la muerte una de aquellas cosas que podamos decir que errando se aprenden. Es necesario acertar, y acertar perfectamente en la única ocasion en que se verifica. ¿Cuál, pues, deberá ser nuestro cuidado en aprender á morir bien? No se trata en la muerte de la vida del cuerpo, sino de la del alma. Una pena eterna ó una eterna gloria es la que se



S. Esteban Protomártir.



S. Juan Apóstol y Evangelista.



Los Santos Inocentes Mártires



S. Eutiquio Presbítero.

aventura. ¿Cómo podemos abandonarnos á la casualidad de acertar? Mas todavía es peor lo que hacemos. No solo nos abandonamos á la casualidad de acertar, sino que por nuestra parte nos inutilizamos para conseguirlo.

Es una cosa imposible pasar repentinamente de un extremo á otro; y ¿queremos nosotros que esto sea posible respecto de la muerte? Llenos de malos hábitos, de costumbres corrompidas é inveteradas, queremos en un momento desprendernos de todo, y obrar de un modo enteramente contrario. Tal vez en el instante en que nos sorprenda la muerte, estaremos empeñados en algun proyecto criminal: la muerte misma, en lugar de retraernos de cometerlo, nos ocasionará el sentimiento de que no podamos llegar á consumarlo. Y ¿tendremos buena disposicion para morir? Por otra parte, para morir bien, no solo es necesario que prescindamos de lo malo, sino que practiquemos lo bueno. ¿Nos hemos ejercitado en la humildad, en la castidad, en la caridad? ¿Sabemos siquiera hacer un acto de contricion? Vemos que en una desgracia repentina clamamos al cielo, porque la naturaleza misma nos enseña á buscar el auxilio de su Criador, y acaso en esas demostraciones nos fundamos, para esperar que cuando nos veamos asaltados de la muerte invocaremos la proteccion de nuestro Dios. Pero veamos el interior de esos que claman en la desgracia. Lo único que vemos son las demostraciones exteriores que son muy equívocas. ¿Cuántas de éstas serán efecto de una mera atricion, y cuántas de un temor puramente natural! Esto lo podemos congeturar por la poca enmienda que sigue á la desgracia. A mas de que aunque cada una de esas demostraciones fuera un acto de contricion verdadero, ¿estamos seguros de que tendremos tiempo para hacerlo? Podemos morir en el sueño y de otras mil maneras en que no tengamos lugar de clamar á Dios.

—•••••
DIA VEINTE Y OCHO.

Los Santos Inocentes mártires, y San Eutiquio, presbítero.

LOS SANTOS INOCENTES.

Desde que Jesucristo se dejó ver entre los hombres, comenzó el mundo á declararle una guerra sangrienta: imbuido éste en idea

Crisóstomo, que *Juan fué mártir, pero mártir de muchas maneras!*

No menos que los dolorosos padecimientos de su divino Maestro, fué nuestro Apóstol testigo de sus triunfos, y no le manifestó menor cariño el Salvador en ellos que á sus demas discípulos, en correspondencia tambien de su ardiente amor. Advertido por la Magdalena de que el cuerpo de Jesus no se hallaba en el sepulcro, corrió con S. Pedro á certificarse de la verdad de su dicho, y llegó á él ántes que su compañero. Cuando despues se aparecia el Señor á los apóstoles, Juan siempre lo reconocia el primero, como se vió en la orilla del mar de Tiberiades, en que ninguno lo habia coñocido, hasta que nuestro santo les dijo: *El Señor es*, como en efecto así fué. En fin, el amado discípulo se halló presente á las demas apariciones del Redentor, en los cuarenta dias ántes de su gloriosa ascension, y participó de todas las gracias concedidas al apostolado: asistió en el monte Olivete á su subida al cielo; recibió al Espíritu Santo el dia de Pentecostés; y predicó á todo el pueblo judío, haciéndose entender de todos por el don de lenguas.

S. Pedro, que amaba tiernamente á Jesucristo, contrajo por este motivo una íntima amistad con el discípulo amado; así es, que en los Hechos de los apóstoles, se ven con mucha frecuencia figurar á uno y á otro. Ambos curaron á la puerta del templo á aquel cojo desde su nacimiento, milagro que hizo tanto ruido en Jerusalén y dió lugar á que los pusieran en la cárcel, donde examinados por los jueces dieron un público testimonio de la divinidad de su maestro, dejándolos admirados áquellos pobres pescadores con la elocuencia y celestial sabiduría de sus respuestas. Los dos apóstoles fueron despues de la muerte de S. Estevan, por comision de sus otros compañeros, á Samaria, y allí hicieron bajar al Espíritu Santo sobre los nuevos fieles con la imposicion de las manos, confiriéndoles con esta ceremonia el sacramento de la confirmacion. Predicaron, en fin, unidos el Evangelio, en diversos lugares de aquellos alrededores; vueltos á Jerusalén pusieron por su obispo á Santiago el menor, y asistieron al primer concilio de aquella ciudad, en el que, como dice S. Pablo, apareció nuestro Juan como una de las columnas de la Iglesia.

Uno de los últimos apóstoles que salieron de Judea, fué nuestro santo. Partió como ellos á predicar á las naciones, y llevó la fé á

los Partos y á toda el Asia menor, donde fundó todas sus iglesias y adquirió tal concepto de santidad y sabiduría, que apenas se dejaba ver en las ciudades y aldeas, cuando todos se rendian á sus palabras. Contribuia á esto á mas de los muchos milagros que obraba, el admirable ejemplo de su vida, su mansedumbre, su afebilidad, su modestia, su pureza, la uncion divina que habia bebido en el sagrado corazon de Jesucristo, y aquella austeridad con que trataba su cuerpo, que como dice un padre, parece imposible poderse llevar mas lejos. Tantas virtudes no solo sirvieron para la propagacion del Evangelio en las naciones en que lo anunció, sino que fueron el modelo para la imitacion de los muchos obispos que consagró, entre los cuales se veneran algunos como ilustres santos.

El tiernísimo amor que nuestro Santo tuvo á la Santísima Virgen, es otra de sus singulares prerogativas. Desde que el Señor, próximo á morir se la entregó por Madre, el amado Apóstol la recibió por suya con tal afecto, que no volvió á separarse de su lado. Condújola á Éfeso, cuando los fieles fueron desterrados de Jerusalén, y todo el tiempo que María vivió en carne mortal, estuvo bajo su cuidado, y no se apartó de su compañía hasta su dichoso tránsito, al que asistió Juan, traspassado su corazon por el dolor de su pérdida. Era muy justo que la mas pura azucena de la virginidad no fuera entregada sino á un virgen, y este solo favor, dice S. Pedro Damiano, hace superior en méritos al que por una gloria singular fué hecho hermano del Salvador.

Despues de la gloriosa asuncion de María á los cielos, á que se halló presente nuestro santo, no poniendo éste límites á su celo, llevó las luces de la fé hasta las estremidades del Oriente. Encendida allí la persecucion contra los cristianos por Domiciano, Juan, como uno de los mas distinguidos héroes de la nueva religion, fué aprisionado y conducido á Roma, donde como hemos referido en la historia de su martirio, que se celebra el 6 de Mayo, padeció el tormento de ser arrojado en una tina de aceite hirviendo, ante la Puerta latina, y en seguida salió desterrado á la isla de Patmos á trabajar en las minas, sin consideracion alguna á su avanzada edad, que ya pasaba de noventa años.

En esta isla, una de las del Archipiélago á la parte del Asia, fué donde S. Juan, por orden de Jesucristo, escribió el libro del Apo-